

DIAY NOCHE

Madrid Año I Núm. 4.º

:-:

Se publica los domingos

-:

10 Noviembre-1918



DE LA FUENTE A LA ALQUERÍA

- ¿Qué haces María?
—Tomando el fresco.
—Pues deja al fresco y vé a trabajar.

Ayuntamiento de Madrid

20 cts.

CASA "VIUDA DE PONTES"

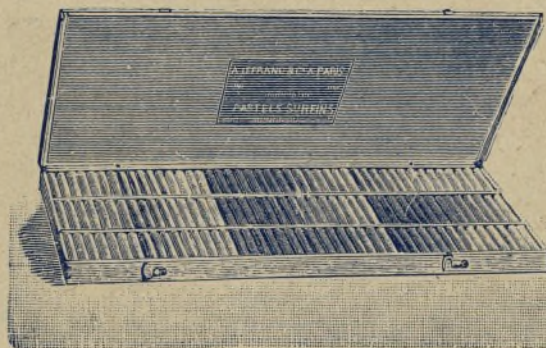
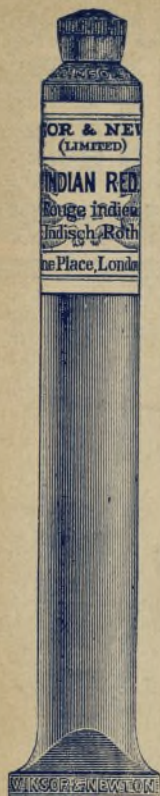
(FUNDADA EN 1900)

CARMEN, 6 Y 8 ——— MADRID ——— TEL. M. 41-18

INMENSO SURTIDO EN ARTICULOS PARA
PINTURA

**Aguafuerte, Modelado, Pirograbado, Fotominiatura,
Repujar el estaño, Cuero, Cobre, Cartulinas, & &
DIBUJO**

CARMEN, 6 Y 8. (CERCA DE LA PUERTA DEL SOL)



Agencia Administrativa
(Matriculada) de
MINGUEZ-NEIRA

Instancias, altas, bajas, variaciones, patentes, reclamaciones, certificados, licencias de aperturas, muestras, etc,

SERVICIO POR SUSCRIPCIÓN

Despacho: Infantas, 23, vinos
De 10 a 1

Manuel Lezama

**CAPATAZ DE LA
EDITORIAL HISPANICA**

Y DE

DIA Y NOCHE

Conchas, 1.-Teléfono 28-90

MADRID

**Sellos caucho, metal
y placas esmaltadas**

MANUEL LÓPEZ ORTEGA (HIJOS)
Encomienda 20 duplicado
Tel. M. 51-84.—A. Correos 171
MADRID

RELOJERIA

VALENTIN GARCIA
Calle de Fuencarral, núm. 77

VENTA Y COMPUSTURAS
de toda clase de
relojes con garantía

**SELLOS. Compra, colección
y lotes; pago altos precios**

L. ODRIÓZOLA

HORTALEZA, 31

PAULA

CORSETERA Y FAJISTA

De la Real Cámara
Siempre modelos nuevos
CARMEN, 10, MADRID

**CALLEJA
SASTRE**
Mayor, 21

Primera casa en Postales

MAYOR, 37

Expendiduría de Tabacos n.º 06

Instrumentos de Cirugía,
aparatos Rayos X, mobiliario,
clínico, material bacteriológico, material antiséptico.
Mayor, 41 al 45.—Madrid

**EMILIANO GARCIA
MERCERIA Y NOVEDADES**

96, Fuencarral, 96

NO DE V. MAS VUELTAS A SU CABEZA

El mejor dentrífico del mundo y preferido por las personas de gusto es el

LICOR DEL POLO

PRECIO 1,50 PESETAS

MEDIO SIGLO DE EXITO

Espanoles: No dejarse sorprender
por dentríficos extranjeros

TARIFA DE ANUNCIOS

Ultima plana de la cubierta por inserción

Plana entera.... 200 Ptas, Cuarto plana..... 75 Ptas.
Media ídem..... 125 „ Octavo ídem..... 40 „

Plana del interior de la cubierta por inserción

Plana entera.... 150 Ptas. Cuarto plana..... 50 Ptas.
Media ídem..... 80 „ Octavo ídem..... 30 „

EN TRICOLOR PRECIOS CONVENCIONALES

Ayuntamiento de Madrid

ter, con sus negras cejas fruncidas, su cabeza enorme y sus piernas encorvadas.

—Y tú quisieras mostrarla lo que es un lindo mozo vestido de seda. ¡Ah, apuesto mercero! al que posee buena ropa, le gusta lucirla. ¡Bebamos a la salud de los guapos mozos y las cabezas huera!

—¿Es que estás celoso de mí, Miguel?—dijo *Goldthred*—; la suerte que yo tuve pudiste lograrla tú mismo.

—¡Valiente desvergonzado!—, replicó *Lambourne*—; ¿querás comparar tu cara de torta y tus modales ordinarios con los de un caballero militar?

—Buen amigo—, dijo *Tressilian*—, os ruego que no interrumpais a este paisano, pues se expresa tan bien, que me pasaría hasta media noche escuchándole.

—Me haceis más favor del que merezco, respondió el *señor Goldthred*, y proseguiré, pues os doy satisfacción. Al pasar, como iba diciendo, bajo la gran vidriera pintada, suelta la rienda sobre el cuello de mi cabalgadura, en parte por comodidad, y en parte para poder observar con más espacio, oí abrir la ventana y ví aparecer en ella la mujer más hermosa que han visto mis ojos, y eso que creo haber visto y juzgado tantas muchachas guapas como cualquiera.

—¿Puedo pedirlos que me describais su aspecto?, dijo *Tressilian*.

—Puedo aseguraros, señor, que iba vestida como una gran señora, con un traje muy singular y agradable, que pudiera haber llevado la misma reina, pues se componía de delantero y mangas de raso color de gengibre, que en mi opinión habrá costado a unos treinta chelines la yarda, forrado con tafetán morado y adornado con dos anchos encajes de oro y plata. Su sombrero era lo más elegante que yo he visto por esta tierra, de tafetán leonado, bordado con oro veneciano, y con trencilla de oro al borde; una combinación inmejorable en absoluto, os lo aseguro.

—No os preguntaba por su vestido—, dijo *Tressilian*—, que había mostrado ya alguna impaciencia—, sino por su aspecto; el color de sus cabellos..., sus facciones...

—En cuanto a su color—, respondió el mercero—, no estoy tan seguro; pero observé que llevaba un abanico de marfil curiosamente incrustado; y en cuanto a su cabello, sea



adelantándose por esta avenida solitaria...

—Yo sólo sé,—respondió el posadero—, que dicen que es bella como un angel, que nadie sabe de dónde viene y todos quieren saber por qué vive tan estrechamente recluida. Por mi parte, no la vi jamás; vos sí la habeis visto, según creo, señor Goldthred.

—Sí la he visto, dijo el mercero. Volvía yo de Abingdon

a caballo y pasé bajo el mirador del viejo palacio, el que dá a oriente, en donde están pintados santos e historias antiguas. No había tomado el sendero común, sino otro que atraviesa el parque, pues el postigo sólo estaba cerrado con la alda ba y creí que, como antiguo camarada, podía tomarme la libertad de cruzar por entre los árboles para aprovechar su sombra, pues el día era caluroso; y para evitar el polvo, por que iba yo vestido con mi jubón de color de melocotón con ribetes de oro.

—Un vestido que tú lucirías con gusto ante los ojos de una bella dama; ¡ah, bribón!, no olvidarás nunca tus antiguas mañas.

—¡No es eso, no!—, repuso el mercero riendo con afectación—, no es eso precisamente, sino curiosidad y compasión, pues la pobre joven no ve en todo el día más que a Tony Fos-



Pero, no, añadió empujando la puerta...



Día y Noche



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Tres meses. 2,50 Ptas.
Seis meses. 4,75 »
Un año. 9,00 »

DIRECTOR

FERNANDO PONTES

Redacción, Administración Talleres
Cardenal Cisneros, 47
APARTADO DE CORREOS 809 TEL. J. 923

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EXTRANJERO

Tres meses. 8 Ptas.
Seis meses. 15 »
Un año. 25 »

Año I

Madrid 11 de Noviembre de 1918

Núm. 4

El burlador de Logroño



—Juerguecitas no, de ninguna manera; yo soy un hombre esencialmente casto: no se rían, que no hay motivo: ¡esencialmente casto!

Y al decir esto, golpeaba con tan rotunda convicción sobre el mármol de la mesa, que platos, terrones de azúcar, vasos y cucharillas, danzaban desenfrenada zarabanda, como si fueran movidos por el demonio de la lujuria, en señal de diabólica protesta ante las afirmaciones de don Alfredo.

Las risas francas de los contertulios excitaron más su ira:

—¡Demasiado saben que ciertas bromas me disgustan!

—¡Pero si es en serio!

—¡Pues peor que peor!

Serafin que, para indemnizarse del dulce nombre que le impusieron sus progenitores, tenía a gala el cometer fechorías, que él juzgaba terribles, pero que en el fondo eran inocentísimas, había relatado con toda serie de escabrosos detalles el proyecto de una truculenta orgía que dejaba en mantillas a las decadentes fiestas íntimas paganas, y, por excitar la indignación del pacífico don Alfredo, le invitó a participar de los placeres prohibidos, logrando soliviantar su apacible carácter.

—Don Alfredo, no se ponga así; seremos más mo-

destos; tendremos en cuenta la precaria situación de su bolsillo.

Furioso, exacerbado, puesto en pie y agitando los brazos como aspas de molino impulsadas por un huracán, el interpelado, contestó a grandes voces:

—¡Gracias a Dios no pido limosna! ¡Yo ahora mismo le presto dos mil, tres mil, cuatro mil pesetas si las quiere! ¡Pero con bribonas! ¡Con bribonas no me gasto ni un céntimo chico!

Viendo que la cuestión tomaba mal giro, conseguimos, no sin grandes y repetidos esfuerzos, apaciguar a don Alfredo y hacer que Serafin cesara en sus insidiosas proposiciones.

Calmados ambos, don Alfredo, con voz apostólica, contestó:

—Voy a referirles un suceso de mi vida que hasta ahora nadie ha sabido, y les ruego que me den palabra de honor de no contárselo a nadie, pues fácilmente pudiera llegar a oídos de mi mujer, y entonces...

—Parece que hay miedo ¿eh?—interrumpió Serafin.

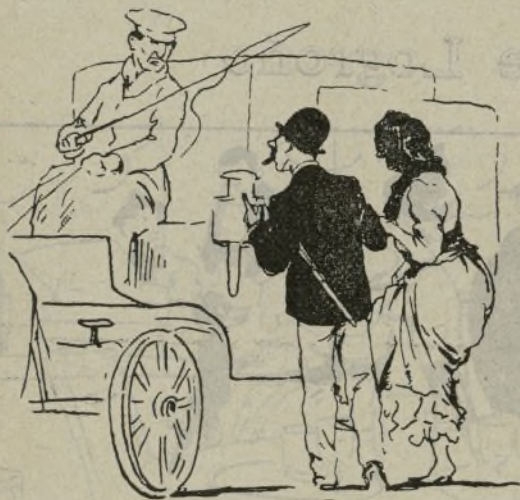
—No es miedo, es respeto.

—Bueno, siga, que ya nos tiene intrigados.

—Acababa yo de venir de Logroño, mi ciudad natal, para ocupar un modesto destino de seis mil reales conseguido por la influencia de un diputado, amigo de mi padre, cuyo nombre no hace al caso.

Tenia entonces veinte años ¡feliz edad aquella!, y el mundo, como suele decirse, era todo mio. Por primera vez me separaba de mis padres, y como es de suponer, carecia en absoluto de experiencia, acostumbrado como estaba a que las cosas me las dieran siempre resueltas.

Naturalmente, al despedirme, mi padre, que presumia de conocer los peligros mundanales de la corte por haber residido en ella seis meses seguidos en su juventud, me dió una infinidad de consejos provechosísimos para evitar los escollos ocultos en que un joven provinciano podía tropezar, advirtiéndome con afectuoso empeño que no me fiara de nadie por nada. Con tan vivos colores me pintó la vida madrileña,



que estuve a punto de renunciar al viaje, temeroso de que apenas descendiese del tren me asaltara alguna banda de facinerosos, para desbaliarme, y hasta entreví la posibilidad de que mi existencia peligrase.

Por fortuna, en cuanto llegué, las magnificencias que ante mis ojos aparecían, y que contemplaba atónito, hicieronme olvidar las lúgubres ideas.

Tomé posesión de mi destino sin ninguna dificultad, y comenzó para mí una era fausta de agradabilísimas emociones.

Pronto intimé con mis compañeros de hospedaje, sobre todo con uno, el hombre más simpático y jovial que imaginarse pueden, perfecto conocedor de toda suerte de rincones misteriosos en los que se cultivase el placer.

Guiado por él, y con ayuda de unas pesetejas que traje, disfruté de lo lindo: teatros, cafés, bailes, colmados... de todo gusté, menos de las delicias oscuras de los cines, entre otras razones porque en aquella época no los había.

Sin recelo, con el candor de un colegial, le confíe mis secretillos, poniéndole al corriente de quien era mi familia; hasta me permití exponerle mis proyectos futuros y mis ensueños de joven que contempla la vida a través de rosados cristales, sin ocultarle que allá en Logroño dejé una novia de la que estaba verdadera y ciegamente enamorado, y con la cual habría de casarme al cabo de un año.

Aun ahora no me explico el comienzo de lo que fué una dura lección, y todavía no sé si alabar o renegar de la Providencia que en tal trance me puso.

Azuzado por el amigo, dí en fijarme en una arro-

gantísima vecina que habitaba con su marido en el cuarto de encima del nuestro.

Al comienzo tuve ciertos reparos en hacerla el amor por tratarse de una mujer casada, pero la vanidad pudo más que el sentido común, y comencé a pasarme horas enteras a la ventana de la habitación, aprovechando los instantes en que la vecina se asomaba, para dedicarme al cultivo de la cucumona y de los suspiros volcánicos.

Noté a los pocos días, con petulante satisfacción, que a la hermosa asediada no le era indiferente, a juzgar por las sonrisas que prodigaba al verme.

El contento llegó al colmo al recibir una cartita perfumada en la que «una mujer desgraciada», según decía la firma, me suplicaba que la aguardase a las diez de la noche, en la Puerta del Sol, esquina a la calle del Carmen.

Saqué del cofre mi mejor ropa, compré un magnífico cigarro habano, para demostrar que era hombre adinerado, y tomando un coche por horas me dirigí al lugar de la cita.

Breves instantes hacía que desempeñaba el papel de guardacantón, cuando llegó la vecina; nos instalamos en el simón, no sin antes recomendar al auriga que nos llevase por lugares extraviados. Mi conquista, temblándole la voz y derramando copiosas lágrimas me contó una historia triste, la eterna vulgar historia de la mujer infeliz casada con un hombre que no la comprende, y que busca en otro amor la compensación a sus amarguras; me suplicó que no formase de ella mala opinión, teniéndola por liviana, pero de tal manera había yo logrado conmoverla con mi muda adoración, que juzgándome un caballero, confiaba en mí.

Volvimos a casa, y pudorosa, fingiendo a maravilla la cortedad, me invitó a subir a su casa, pues su marido se hallaba fuera de Madrid.

Caí en la red; acepté jubiloso, y a los cinco minutos... apareció su marido, con un revólver en la diestra y en la siniestra un papel. Después de los improperios y exclamaciones apropiadas al caso, con una risita que acabó de petrificarme, me dijo:

—Querido don Alfredo: acabo de sorprenderle con mi esposa en flagrante delito de adulterio. Como usted sabe, la ley me autoriza, sin responsabilidad, a pegarle un tiro. Mi honor ultrajado necesita una reparación, así es que ahora mismo va a firmar este pagaré por valor de dos mil pesetas, las cuales espero que serán pagadas puntualmente, puesto que tiene usted sueldo del Estado. ¡Ah! Se me olvidaba, nada de policía ni de escándalos, porque entonces... tendría que usar este juguete.

Firmé ¿qué otro remedio me quedaba? y pagué; y cuando estuve libre de la deuda, contraí matrimonio, decidido a que aquélla fuese mi primera y última aventura.

Los huéspedes del pupillage en que vivía, se enteraron de todo, y un compañero, andaluz por más señas, me puso el apodo de «el burlador de Logroño», a semejanza del famoso conquistador nacido en las riberas del Guadalquivir, inmortalizado por Tirso y Zorrilla, no logrando verme libre del mote hasta que me trasladé de casa; y ya habrán adivinado que el amigo que me animó a emprender la conquista, era un estafador acreditado, que se puso en combinación con la prójima y su consorte, para desplumarme bonitamente.

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.

De Beatriz a Rosalinda

Querida Rosalinda:

Celebro en el alma, te hayas decidido a dejar que Edgar goce de la alegría de tu presencia y, que el efecto que te causó la belleza de los trajes de luto haya sido sustituido por esa «loca admiración» por las «toilettes de sótano» de que me hablas.

Comprendo que aun habiendo pasado el peligro de los bombardeos y por lo tanto la necesidad de salir a deshora para guarecerse en un sótano no quieran las mujeres prescindir, de momento, de lo que por lo visto es una genial creación de tu modisto.

Lástima que se haya retrasado tanto la musa inventora del «maitre couturier» porque, querida amiga, por encantadora que estén todas las mujeres con un largo chaquetón de punto de seda, gris, enguatado y forrado de crespón «oro viejo» con graciosa capucha de lo mismo, por fascinadores que resulten los pantalones «pierrot» ajustados al tobillo, por cómodo que sea y por mucho que favorezca el encantador modelo. ¿De qué va a servirte ya? Los sótanos no ocupan felizmente hoy lugar preeminente en la memoria de la parisienne, puesto que a

los aviones de la guerra les cortaron las alas, y es posible lograr el sueño del justo, y me parece harto complicado el traje para servirse de él como «salto de cama» a no ser que tu afán de independencia y novedad te haya llevado a adoptar los pijamas que tanto recomienda la moda. Verdaderamente a estas alturas no debe preocuparte a la mujer la idea de usurpar el traje masculino. Según tú, en los países beligerantes, por lo menos las faldas han caído en el mayor descrédito, ya no son sino prendas de pusilánime feminismo, bandera de frivolidad, prueba patente de incompetencia. Y la mujer que sigue llevándolas, es que no ha podido servir a su patria en el lugar de un hombre.

De todos modos yo creo que la paz volverá próximamente muchas desbordadas corrientes a su cauce y las

hijas de Eva restauradas al paraíso, retornarán también a su risueño irresponsable vivir, sin por ello prescindir de las ventajas prácticas que en estos tiempos adquirieron y a ellas toca el decidir sobre este asunto.

En fin, tu me aseguras que el pijama, muy escotado, sin mangas y lleno de encajes se colocará en lo futuro entre las indispensables prendas de nuestro vestir y... ¿por qué no creerte?

Me parece muy bien el que Edgar no haya sido admitido a la probatura final de la «toilette de sótano» y tus aseveraciones del pudor que reina en «yanquilandia» serán sin duda alguna exactas pero... si el traje es para lucirle en público, no veo motivo para que le tuvieras esperando a tu puerta tanto tiempo, máxime cuando en tu cuarto estaba el ayudante de tu modisto y el artista diseñador del modelo o ¿es que estos entran dentro de esa categoría que claramente supo definir la antigua dama francesa, al explicar el porqué su mayordomo podía servirle el chocolate en el lecho, «Est ce que vous appelez cette chose la un homme?» dijo ella, y se conoce que tú, ciudadana del mundo, a pesar de tu libérrimo espíritu, piensas lo mismo.

Muy chic, pero mucho me resulta la descripción de tu último traje de teatro, tu modelo kimono de crespón de china negro, de manga japonesa amplísima, abierto a los costados sobre una maravillosa falda de seda cereza brochada en oro. El cinturón negro y oro también.

La comodidad de poderlo vestir sin ayuda de una doncella es una ventaja más a su favor.

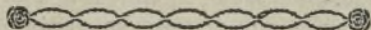
No me hables, por Dios, de más extranjeros ni me cuentes si has conocido a un rumano, de nombre indescifrable que baila como los dioses, pero ¿se baila ya en París? ni que un pintor ruso quiere inmortalizarte en un lienzo, mis simpatías fueron siempre para Edgar desde el primer momento y lo seguirán siendo siempre. Hasta tu próxima.

BEATRIZ GALINDO



Chapeau satin violet adornado con alitas blancas

Casa Amelie.—(Foto Henri Manuel)



EN CHUNGA

LIGORIO, GENIO

Ligorio, jovenzuelo recién llegado de Villaquejumbrosa de Arriba, con el loable propósito de opositar al Catastro, se halla ante la mesilla que le sirve de bufete en el estrechísimo cuarto que le ha destinado doña Cenobia, pupilera de las clásicas, establecida en la calle del Recodo.

Abierto tiene Ligorio un librote lleno de zarabandescas fórmulas matemáticas con sus raíces cuadradas y de las otras, pero el villaquejumbrosense, elevado a las altas regiones apolíneas, se empeña, más que Azorín en ser académico, en componer unas rimas.

Ligorio ha mordido ya treinta y seis veces el extremo del portaplumas, se ha mesado cincuenta y cuatro las lanas jergonescas que le prestan el importante servicio de cabellera, sus dedos entraron y salieron abundantemente por las amplias fosas nasales, y a pesar de todas estas sencillas operaciones, la *señá* Inspiración hace casi dos horas que se le está *chuleando*.

De repente, y como los trenes de la línea del Norte (que llegan cuando, donde y como les da la maquina-gana) una de las infinitas musas en buen uso que andan esparcidas por las regiones etéreas a disposición de los vates, se descuelga sobre la testa de Ligorio, quien escribe a toda prisa, antes de que la susodicha musa emigre:

SONETO

*Giña sobre hel cielo berde botella
la carmínea luz de huna estreya.*

Fatigadísimo por el tremebundo esfuerzo, Ligorio exclama contentísimo:

—¡Corcho! Hay que ver que tío soy! ¡Qué cosas me saco de la cabeza!

Y como si hubiese hecho algo importante, se desnuda a toda prisa y se zampa en el no mullido ni limpió lecho.

Toda la noche la pasa sobresaltado, sintiendo hervir como una olla la ínfima cantidad de masa gris que hay bajo su cráneo, y después de infinitos autorazonamientos, llega a la rotunda definitiva conclusión de que es un grande hombre.

Al día siguiente acude presuroso a *La taza ideal*, tupi en el que se reúne la flor y nata de los aspirantes a *sublimes* y allí, mientras degusta un líquido obscuro, bautizado por el tupinero con el pomposo nombre de *moka extra*, suelta lo del cielo *verde botella*, y tiene un *lleno*.

Los amigos declaran que *aquello* suena a divino Rubén, y aunque Ligorio no sabe a punto fijo a qué socio se refieren, se hincha como un puñetazo bien administrado.

Cuando ya en la casa de huéspedes se pone a cenar,

al ver que doña Cenobia le sirve unas habichuelas de primer plato, la interpela furioso:

—Doña Cenobia, el yantar bajuno que acabáis de condimentar está bien para los esófagos rastreros de los demás pupilos, mas para mí, en quien se encarnó el númen de la poesía, resulta asaz...

—Repáre usted que son muy buenas; todos los huéspedes han repetido.

—¡Mi alimento desde hoy será ambrosía!

—Pues, como están los comestibles y por los catorce reales que usted me paga, si las quiere comer las come, y si no, las deja. ¡No faltaba más!

—¡Dios mío, nadie me comprende! ¡Qué importa, el triunfo será mío!

A todo esto, y ocupado en la tarea de emborronar cuartillas, lo del Catastro es para Ligorio algo tan remoto como la batalla de Aljubarrota. Los libros se hallan abandonados, y él, antes puntualísimo, no parece por la academia preparatoria. El día lo reparte entre los sonetos y *La taza ideal*, y la noche la dedica a recorrer redacciones de periódicos.

—¿Está el señor director?

—No sé si habrá llegado. ¿A quién anuncio?

—A don Ligorio Tornillo.

—¿Puede decirme qué deseaba?

—Venía con unos versos...

—Entonces no está. El señor director no recibe pelmazos.

Mas Ligorio, que en todas partes obtenía el mismo resultado, no se desanimaba, contentándose con despreciar a los que así dudaban de su talento.

—¡Algún día los veré a mis plantas!

Por fin, con la recomendación eficaz de un amigo, Ligorio ha conseguido ver publicados unos tras otros sus versos originales en *La carcajada sardónica*, importante periódico bimensual que se publica en Vitigudino, sin cobrar un céntimo por ello, como es natural.

Y fué tanta la alegría que le produjo el ver su firma en letras de molde, que convertido momentáneamente en gorila, comenzó a dar saltos, en unos de los cuales tuvo la desdicha de torcerse un pie.

Inmediatamente apareció en *La carcajada sardónica* el siguiente suelto:

«Nuestro queridísimo colaborador, el estupefaciente poeta don Ligorio Tornillo, sufre en los actuales instantes, la desgracia de haberse estropeado la extremidad inferior derecha. A consecuencia del accidente se verán privados nuestros lectores, por algún tiempo, de saborear sus exquisitos endecasílabos».

ARÍSTIDES FRESDELVAL.

LA ACTUALIDAD EN SEVILLA Y ALMERÍA



1. SEVILLA. Fiesta andaluza. Grupo de invitados a la fiesta celebrada con motivo del bautizo de un hijo de D. Juan J. Serrano.—2 ALMERÍA. Vapor Javorine, alemán, que ha sido incautado por el Gobierno, en el momento de ondear el pabellón español.

Fotos Sánchez del Pando y D. Guirado.

DE ACTUALIDAD

I

No hay pisto manchego comparable con la situación política que ameniza nuestra existencia ni con la situación complicada, confusa e indefinida en que se hallan los Estados que integran el continente europeo.

Sólo sabemos que nosotros no tocamos el menor pito en las

Pues señor!

Los conquistadores
vamos de
capa larga



trifulcas exteriores ni en las interiores, pero tocamos las consecuencias de todas ellas.

La consabida orden de «agítese antes de usarlo», tiene sus variantes en la situación de importantes comarcas. Hoy se dice: «agítese el pueblo antes de usar sus prerrogativas». Y el pueblo se agita, y su agitación repente en otras regiones donde la tropa se sacude las pulgas y el despertar de la opinión se traduce en considerar las coronas, las mitras y los cascacos como chirimbolos de bazar, asombrándose el que más y el que menos de haber vivido dando por ellos tantas pesetas y tantos glóbulos de todos colores.

—¿En qué parará todo esto?—Me preguntaba anoche una señora estampillada, que tiene varios títulos de la Deuda exterior.

—¡Cualquiera lo sabe!—la respondi.

—¿Pero usted cree que tendremos revolución?

—Sí, señora. Háganla los Poderes desde arriba o las masas populares desde abajo, habrá usted de ser espectadora de una revolución tan profunda que, comparada con ella, la de la Torre de Babel no pasaría de ser una apacible partida de más.

—¿Y cree usted que me saquearán el domicilio?—me preguntó mi interlocutora, chupándose la punta de la correa del hábito.

—Señora... si usted quiere, consultaré el caso con las izquierdas para tener a usted prevenida. Pero no creo que debe usted abrigar temor alguno, por mucho frío que tenga. Siga yendo a la parada y a la catedral, que tiempo la quedará después para renunciar a la primera por falta de soldados y a la segunda por supresión de canónigos.

—¿Pero usted cree que se puede llegar a eso?

—Sí, señora.

—¿Pero sin tirar tiros?

—A eso se tira.

—¡Dios nos coja confesados... si tenemos con quién!..

II

La actual constitución de los diferentes Estados de Europa es un rompe-cabeza colosal.

¡Cualquiera va a ser capaz de hacer un mapa del continente europeo! ¡Me río yo de los remiendos que ostenta la falda de Paca, la trapería!

Lo sensible es que los remiendos puedan llegar aquí, como me han anunciado Guisols de Poblet por un lado y Zuazagoitia por otro.

Consolémonos con que la epidemia decrece, noticia satisfactoria que va difundiendo la Prensa, alguno de cuyos ele-

mentos de provincias, ha llegado a consignar que en Villa chupada, por ejemplo, han ocurrido diez invasiones y quince defunciones, o cosas tan peregrinas como esa.

Por cierto que hacer creer que la gripe «va en buenas» a la madre de un infeliz recién fallecido, es como convencer de las excelencias del Armisticio que mañana ha de firmarse, a la novia de un soldado que hoy muera de un balazo en el frente... o en la frente.

Cesen las hostilidades, normalícese la vida y Dios nos dé una paz duradura, aunque no sea más que para que vuelva a estar a nuestro modesto alcance la ternera fina, la coliflor para el huevo, el azúcar de pilón y el queso de Gruyere, que hoy está a doce pesetas... y con orzuelos en los ojos.

III

Los Tenorios han dado lo suyo.

En la capital española, población que fué mi cuna (Toledo, 40, 2.º) y que todavía me conserva en su bullicioso seno, los Don Juanes de Zorrilla no han sido este año muy abundantes.

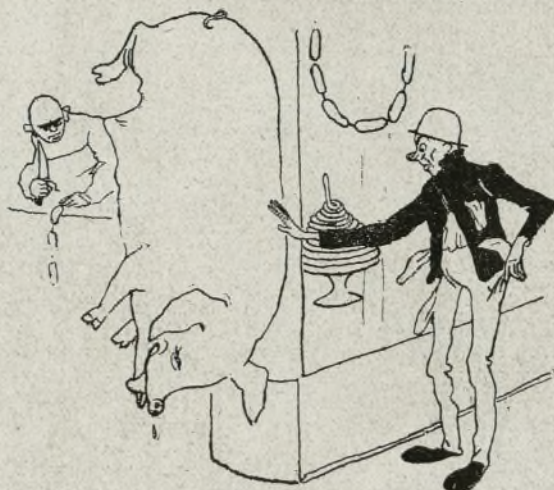
Don Juan, en temporadas anteriores lo mismo subió a los palacios del Español y del Circo que bajó a las cabañas de la Encomienda y de Barbieri, y en todas partes dejó memoria más o menos amarga de sí. Pero este año solo se nos ha ofrecido en las personas serranas de Borrás, Calvo y Muñoz, y no seguramente por falta de Ineses del alma suya, ni mucho menos por escasez de Brigidas.

Entre los cómicos de afición tampoco ha cuajado este año la representación del famoso drama. Únicamente la sociedad naciente denominada «La Concha benaventina» hallábase dispuesta a ejecutar la obra; pero no ha podido realizarlo a causa de la gripe, que ha hecho presa en siete artistas, y del alumbramiento del Comendador, papel encomendado a la mujer del traspunte, por la voz campanuda que disfruta y por la barba corrida con que Natura pródiga tuvo a bien favorecerla.

IV

La carne de cerdo no está llamada a desaparecer como la forma poética.

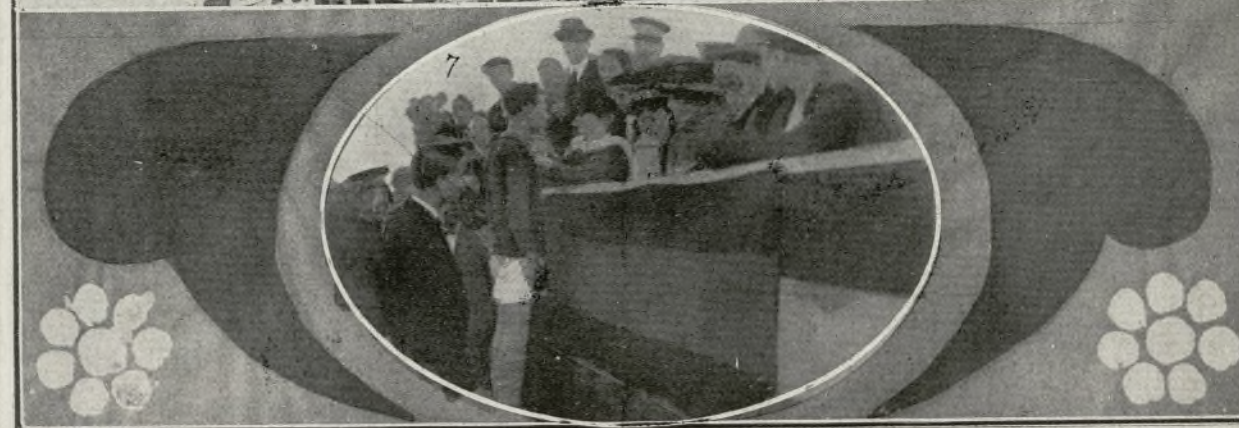
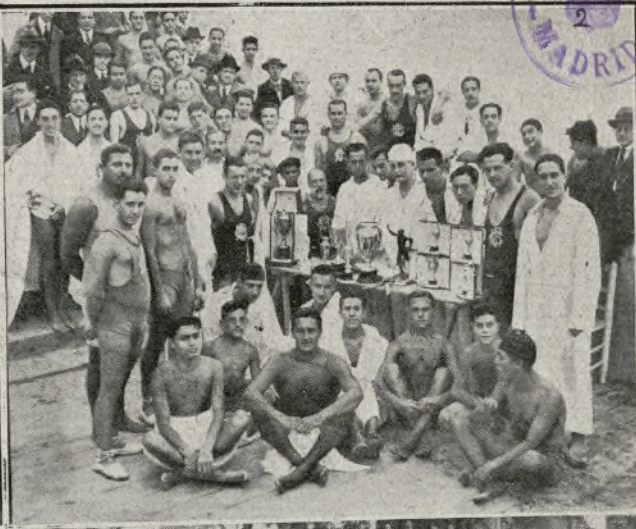
Lo que ocurre es que, como el foie-gras, las pechuguitas de perdiz y los demás manjares con que es costumbre alimentar a los guarros han adquirido tan elevados precios, los explo-



tadores de la marranería andante se han visto obligados a vender más caros que nunca sus lomos, sus patas, sus riñones y los demás artículos de *bisutería* conque insultan los salchicheros desde sus escaparates a los consumidores, los cuales, a fuerza de carestías y tributos nuevos, no pueden desprenderse de las cincuenta y dos pesetas que hoy se les exige por cada diecisiete centímetros de longaniza fresca.

JUAN PÉREZ ZÚRIGA.

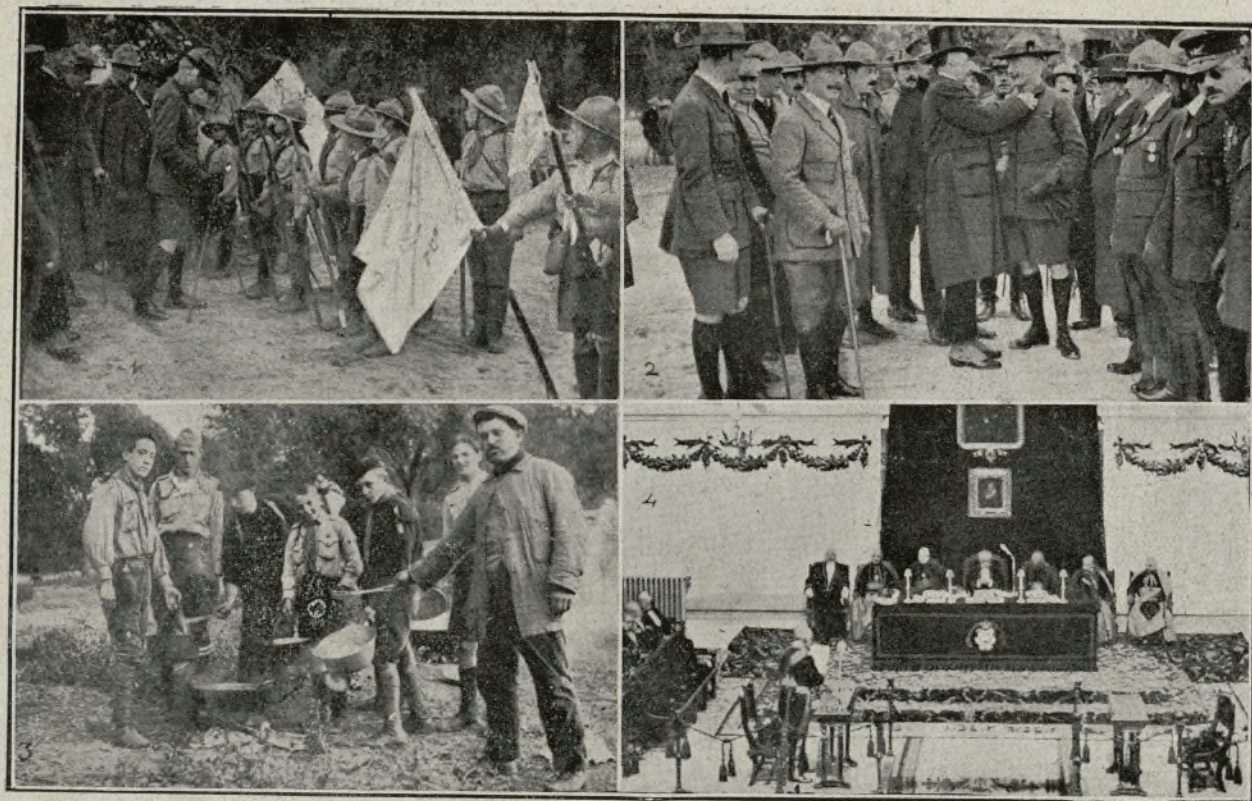
LA ACTUALIDAD EN BARCELONA Y MELILLA



1. Barcelona. En la Jefatura de la guardia urbana tuvo efecto la entrega al guardia urbano núm. 168, Juan Hernández, un bastón y un reloj de oro en recompensa a los servicios prestados.—2. Repartos de premios en el último Concurso de Natación, en el Club de Natación de Barcelona. D. Joaquín Cuadrado, campeón de España.—3. La Junta directiva en el Foyer Français, para los socorros inmediatos a los belgas libertados.—4. Banquete aliadófilo, en el que tomaron parte el Consul de Norte América, Consul de Cuba, y distintos Consules, en el Restaurant del Parque.—5. El homenaje al maestro Vives en el Restaurant Martín.—Melilla. Concurso benéfico de Balompié. Los equipos Fortuna y Melilla que celebraron la fiesta benéfica a favor del Sr. Figueras, el cual quedó inútil de una pierna hace medio año, celebrando un partido.—7. Señoritas que formaban la presidencia, colocando medallas a los jugadores del equipo vencedor.

Fotos. (Merletti hijo, Barcelona) (Lázaro, Melilla)

LA ACTUALIDAD EN MADRID



1. El general inglés Sir Robert Baden Powell pasando revista a los exploradores en su campamento.—2. El duque de San Pedro de Gálago, imponiendo la insignia de los exploradores españoles al general inglés Sir Robert Baden, fundador de los exploradores del mundo.—3. Los exploradores madrileños, haciendo su comida en el campamento del Pardo.—4. Recepción en la Academia española del nuevo académico, Sr. Marqués de Figuerola y presidida por D. Antonio Maura.

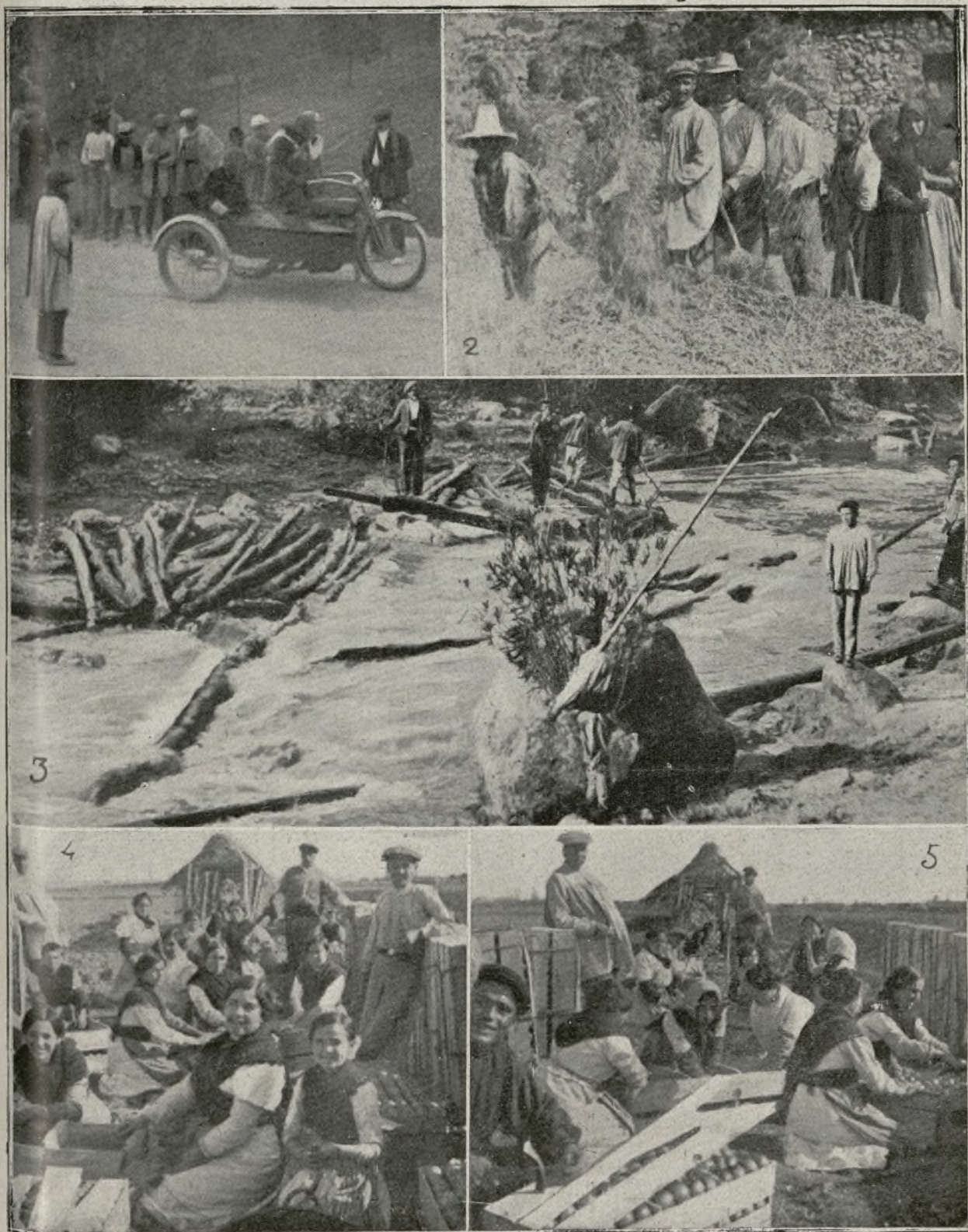
LAS CARRERAS DE CABALLOS



Ayuntamiento de Madrid
Un momento antes de salir los caballos para tomar parte en la carrera.

(Fotos del Río)

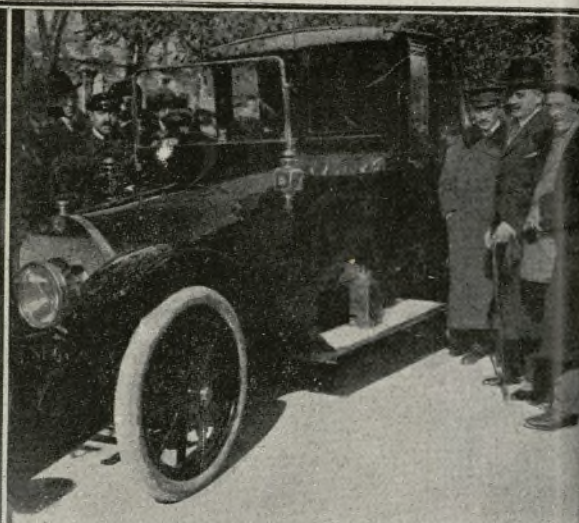
LA ACTUALIDAD EN VALENCIA



1. Burjasot (Valencia). Momento de entrar en la meta el sidecar que ganó el premio en la carrera celebrada el 3 del corriente de Burjasot a Buñol y vuelta, carrera peligrosa por estar lloviendo.—2. Andilla (Valencia). Trillando el arroz.—3. Chelva (Valencia). Conducción de maderas por el río Turia—4 y 5. Godella (Valencia). Emvasando las cebollas en cajas para su transporte.

Fotos (Araiz), (J. Belenguer) y (S. Ferrando).

LA ACTUALIDAD EN MADRID



1. El Sr. Romera Navarro, profesor de la Universidad de Pensilvania, después de la conferencia dada en el Ateneo, acompañado de la señora Violeta y el Sr. Altamira.—2. El alcalde Sr. Silvela revistando los nuevos automóviles de alquiler.—3. Teatro Eslava. Los principales intérpretes en una escena de la obra, "Reservado de señoras".—4. Teatro Cervantes. Una escena de la obra titulada, "La fórmula 3 K³". (Fotos del Río)

DESDE EL GALLINERO

La semana del Tenorio es una especie de *cura de reposo* para los que tienen la obligación de asistir a los estrenos. Si los teatros tuvieran la suerte de dar con un D. Juan Tenorio cada mes, serían sus taquillas manantiales auríferos, y todos contentos.

Lara estrenó un juguete en tres actos, cándidamente regocijado. La obrita se titula *Cásate... y verás*, y el público que presenciaba el estreno, sin mostrarse resentido por el perverso deseo encerrado en el título de la come-

dia, aplaudió al autor del arreglo, Sr. de la Prada, y a los intérpretes.

En Cervantes estrenaron un acto de Muñoz Seca, con título algebráico: *La fórmula 3 K³*, que obtuvo un excelente éxito de risa, que es lo que se trataba de demostrar. Es de suponer que la obrita servirá de refuerzo a los carteles, de aquel teatro, que hasta ahora no ofrecían ninguna novedad de verdadero interés.

EL OPTIMISTA

SALPICADURAS

Según me comunica un diplomático, en Austria está que trina un matemático pues no puede escribir los teoremas, postulados y algébricos problemas; el buen hombre, se exalta mirando al encerado, porque en Austria, hace días, *tisza* falta.

El amigo Luis de Tapia, poeta de alta prosapia, cuya pluma es arcabuz que derriba cuanto apunta, siempre en sus versos pregunta por qué es *tan peor* la luz.

La demanda es inocente

Ayuntamiento de Madrid

y en un poeta me extraña; sabido es que en esta España de Ventosas y Cambós, una *Electra* hay refulgente, que es la de Pérez Galdós.

Ya todos los cocheros van elegantes, luciendo sus gabanes en los pescantes. Pero es gordo el conflicto que se avecina; a quien gasta chistera ¿le doy propina?

JUAN NARANJAS DE LA CHINA.

LA ACTUALIDAD EN ALICANTE Y BARCELONA



Una escena de la obra estrenada recientemente titulada "Alfonso el Entero", en el Salón Granados de Alicante.—2. Otra de las escenas de la obra "Alfonso el Entero".—3. Barcelona. Teatro Romea. Estreno de "D. Juan", drama en cuatro actos de Alejandro Dumas (Padre), escena final de la obra, Compañía Jiménez.

(Fotos. J. Bosch, Alicante), y (Merletti hijo, Barcelona).

Solar se desea comprar para imprenta y talleres de la revista DIA Y NOCHE, cerca tranvía, Ofertas por escrito a la Administración, Cardenal Cisneros, 47. Sin corredores.

SEMANA TAURINA



Saleri



Dominguín



Posadero

Dentro de pocos días embarcarán con rumbo a América los diestros contratados por los empresarios de Lima y Caracas, para torear por aquellas tierras durante los próximos meses invernales.

La labor de dichos empresarios ha sido dura y complicada, pues han hecho proposiciones a toda la grey toreril, desde Gallito hasta el Chico de la Paloma, y después de muchas idas y venidas, y de conferenciar una y otra vez con toreros y apoderados, no han logrado vencer la resistencia a pasar el charco, de los diestros Joselito, Gaona y Belmonte.

Por fin el de Lima pudo agarrar, como figura visible del cartel peruano, a Saleri, recientemente ascendido a capitán general de los ejércitos taurinos por su brillante comportamiento durante el presente año. Acompañan al torero de Romanones en esta excursión los sevillanos Vázquez y Algabeño, como representantes de la estocada, y el toledano Do-

minguín, heredero legítimo del arte de Juan Belmonte, y que tienen grandes deseos de conocer los aficionados dejenos.

En todas las corridas de la temporada figurará como bresaliente de espada, el novillero Gabriel Hernández, Posadero.

Los de Caracas también van a tener una buena temporada. El gerente de la empresa, don Rafael Sabal, ha contratado a los espadas Torquito, Posada, Fortuna y Alé. ¡Un cartel a la vizcaina!

Los primeros embarcarán el próximo día 17 en Vigo, y demás lo efectuarán el 20 en el puerto de Cádiz.

A todos ellos les deseamos éxitos sin cuento, y un feliz regreso a la madre Patria, cargados de plata y laureles.

CHETE



Algabeño



Martín Vázquez

EL MONASTERIO DE ARLANZA

Si los edificios grandiosos atraen nuestra admiración cuando contemplamos en toda su integridad sus tucosas fachadas, sus amplias y elevadas bóvedas, sus atrevidas torres, frágiles y aéreas cresterías, delgados pináculos y magníficas estatuas, etc., etc., más nos conmueven estos mismos edificios, cuando el peso de los años y las injurias de nuestros semejantes los han arrasado, mutilando aquellas fachadas, hundiendo las bóvedas, de las que sólo se ven los arranques, derribando las columnas, dejando las paredes vacilantes y allá en lo alto de ellas, las ventanas sin vidrios, como ojos sin pupilas. A las ruinas, la Historia les presta un soplo, un latido de vida quizá más poderosa, y desde luego más bella, que la que discurre en realidad por aquellos lugares.

Arlanza, el monasterio insigne cuya fundación se remonta a los tiempos heroicos y semifabulosos del conde Fernán González, yace abrumado por la injuria del tiempo y el olvido de los hombres. Dos veces antes de ahora, sin embargo, estuvo en estado semejante y sacudió, a pesar de ello, la pesada losa de su sepulcro resucitando y renovando su claustro y su iglesia. ¿Llegará otra tercera vez a realizarse el milagro? Lo dudamos mucho, quizá porque lo deseamos más.

En las orillas del histórico Arlanza, de donde le viene el nombre, en una hondonada, se erigen cara al cielo, como miembros mutilados de una persona que implorase piedad, los restos de la torre, y el precioso ábside que es lo único que todavía se mantiene en pie del templo. En 1081 se edificó la primitiva iglesia románica. Sobre ella, en el siglo xv, se edificó la más gallarda ojival. Los restos de una pequeña linterna sobre la que fué crucero, acusan la influencia de los Colonias, los grandes artistas que tantos primores—magnífica estela de su genio—dejaron en el arte burgalés. La planta de Arlanza debió ser la de una iglesia de tres naves y tres ábsides. Hoy apenas resta nada de todos los tesoros artísticos que la engrandecían. Una de sus puertas románicas, joya arqueológica de alto valor, es ornamento del Museo Histórico y Arqueológico Nacional. Otros despojos traspasaron las

fronteras, yendo a decorar los museos y las colecciones particulares de otros países. Las bóvedas, al hundirse, lo cubrieron todo de escombros. En una de las habitaciones que aún tiene de pie sus paredes, en una de ellas se conservan fragmentos de unas interesantísimas pinturas murales. Es lo único verdaderamente notable que allí queda, y que el ministro de Instrucción Pública haría bien haciéndolos arrancar de aquellos muros y trasladar a Madrid para salvarlos del aniquilamiento completo a que están condenados en breve tiempo.

Las dependencias del Monasterio se renovaron en el siglo xvii.

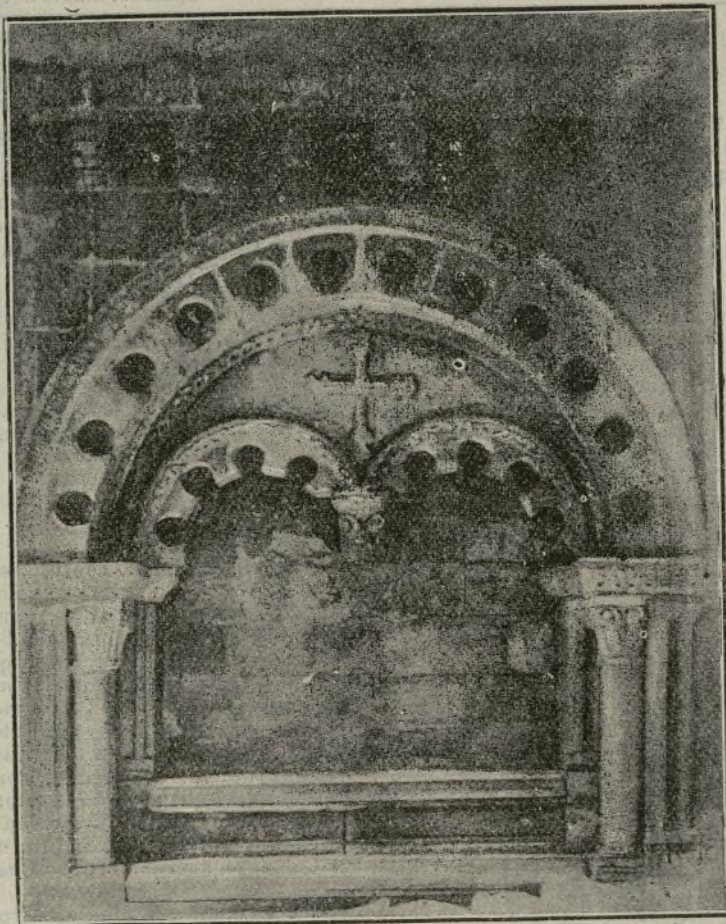
El claustro greco romano resiste bien y puede decirse que se halla incólume, pero solitario y triste. Pocos sitios hay en España como éste tan apropiado para meditar en la vanidad de todas las grandezas. El río que copió tantas magnificencias muertas, sigue pasando indiferente, al margen de la ruina, como pasa el tiempo al margen de nuestras vidas. Los rotos paredones se miran en él como pidiéndole cuenta de sus esplendores fenecidos. ¡Pobre Arlanza!

¿De qué te ha servido tu vieja nobleza que se remonta a Wallia? ¿Qué tu reedificación por Fernán González, ni las riquezas que te donó Fernando I y aumentaron los reyes sus

sucesores en el trono de Castilla Todo ha desaparecido para siempre. Ni siquiera de lo huesos del férreo Fernán González, que custodiabas, se conoce el paradero.

Ya nunca más los románticos frailes de luengas barbas y blancos hábitos volverán a ocupar los sillones de tu coro, ni los salmos del más grandioso e inspirado de los poetas resonarán bajo tu bóveda ni las cataratas sonoras del órgano gigante asaltarán los vidrios de las ojivas a tiempo que bajen por ellas los rayos, rojos como el amor y verdes como la esperanza a dar sus besos de luz al Tabernáculo. Ya sólo en la primavera, cuando el campo se vista de gala y se derriban en trinos los ruiseñores, las piedras rotas parecerán rejuvenecerse bajo el alirón de las flores de las ruinas, y se animarán con el fugitivo paso de las alimañas enceladas.

ANTONIO WEYLER.



Extracto de los capítulos anteriores de El Crimen de la Joyería.

CAPÍTULO I.—Un detective, hijo de padre norteamericano y madre española, llamado *Sight* (pronúnciese *Sait*), dió una mirada a sus amigos en Madrid; a los postres se habla de una exposición de retratos españoles en el Museo, y de un magnífico retrato de Velázquez, de la Marquesa de Guadalquivir, en que figura una espléndida joya. *Sait* asombra a sus amigos afirmando que el cuadro es una falsificación, que ha podido comprobar con un aparato de su invención que lleva en la muñeca como si fuera un reloj, y expresa su sospecha de que el cuadro sea parte en la preparación de un crimen.—**CAP. II.**—Un agente teatral y un empresario aguardan en la estación a una artista de segundo orden contratada para un bailable, y quedan asombrados viéndola descender de un coche salón, y recibida por un intérprete del Palace Hotel, donde tiene reservadas habitaciones, y que la dice que la aguarda el automóvil que ella mandó comprar para su servicio.—**CAP. III y IV.**—La *Princesa Nabab*, nombre de la bailarina, se hace famosa y despierta intensa curiosidad en Madrid.—Cierta día, *Sait*, que también bita en el Palace, es llamado por la policía con motivo de un crimen que acaba de cometerse en una joyería de la Gran Vía, y descubre curiosos detalles que el jefe de policía don *Pedro Sol* no había podido descubrir.

El policía cuenta a *Sait* que el día anterior al crimen se le presentó la *Princesa Nabab* para darle cuenta de una estafa. La artista, protegida por un título millonario, quiso hacerse para su trabajo escénico un traje igual que el del retrato de Velázquez, y el millonario encargó en la joyería donde luego se cometió el crimen, una cadena copia de la del cuadro, de un valor de 40.000 duros. El día de entregarla, se presentó un joven en casa del título, con la alhaja y la factura, que aquél pagó en un cheque, corriendo a entregar la joya a la *Princesa Nabab*. Cuando ésta admiraba la cadena, se presentó el joyero presa de gran emoción, a prevenirles de que la alhaja había sido robada por su dependiente, pero se entera de que llegaba tarde, pues el robo se había consumado. El policía *Sol* cree que el crimen es claro como su apellido, más el detective *Sait* lo pone en duda.

El crimen de la joyería

NOVELA

ORIGINAL DE

F. BRIDGES

ILUSTRACIONES DE VÁZQUEZ CALLEJA

(CONTINUACION)

casa, llevando el estuche que contenía el magnífico collar; lo abrí temblando de emoción, y a la luz eléctrica...,—ya había anochecido—, resplandecieron las piedras de la magnífica cadena de mis sueños. Llena de alegría entré en mi tocador contiguo para vestirme el traje idéntico al del retrato, que la modista me había llevado poco tiempo antes. Me le puse rápidamente, y salí de nuevo al salón, me coloqué la alhaja copiando el prendido de una fotografía del cuadro de Velázquez, y en el momento en que terminaba esta operación, no muy sencilla, con la ayuda de Miguel, ocurrió el dramático incidente que ocasiona la denuncia que estoy haciendo a la policía.



—El joyero nos mostró una gran colección de fotografías...

Un ruido de voces agitadas se oyó en el pasillo; prestamos atención y comprendimos que uno de los criados del hotel discutía acaloradamente con otra persona que pretendía entrar en mis habitaciones. La servidumbre tenía orden mía de no permitir la entrada en ellas durante las visitas de Miguel.

En vista de que la discusión amenazaba acabar en dis-

puta, yo misma abrí la puerta, y en el acto se precipitó dentro el hombre que disputaba con el criado.

Mi asombro y el del marqués fueron extraordinarios. Teníamos delante al propio *Massard*, el joyero, pero un *Massard* desconocido, por alguna violentísima emoción. Su rostro, que yo había visto en la joyería sereno y fresco como el de un joven, estaba amarillo y contraído; su barba bien peinada y casi blanca, que le daba un perfil judaico continuando la recta línea de su nariz, se veía revuelta, así como los cabellos, que se mesaba con manos convulsas. Era un *Massard* envejecido, anonadado. Avanzó en la habitación, extendió las manos temblorosas, quiso hablar sin que la contracción de su garganta se lo permitiera, rasgó el cuello de la camisa hundiéndose entre ésta y su propio cuello los dedos como garfios, y cayó medio desvanecido sobre un sillón.

Mandé salir al criado, que con cara de terror permanecía a la puerta, y la cerré.

V

Un crimen claro o confuso, según quién lo juzgue

El jefe policiaco hizo una pausa para tomar aliento. *Sait* había escuchado fumando, impasible, y ahora sus ojos adquirieron nuevamente aquella fijeza soñadora y abstraída que los caracterizaba en ciertos momentos. Pero aquella abstracción fué momentánea, y al punto con una mirada expresiva e interrogante invitó a don *Pedro Sol* a reanudar su historia. *Sol*, obediendo a la muda instancia de su oyente, continuó hablando:

—Apenas hube cerrado la puerta—, prosiguió la artista—, dimos a beber al joyero un poco de agua mezclada con coñac, que le hizo recobrar el ánimo y el habla.

—¿Qué le sucede, señor *Massard*?—preguntó Miguel.

—La cadena..., la alhaja... ¡robada! Acabo de percatarme del robo, y vine corriendo, sin aliento, para advertirles que no paguen la factura si la presenta el ladrón.

—La alhaja está aquí... ¿no la ve usted, señor *Massard*?—dijo, sin acabar de comprender lo sucedido, y al mismo tiempo indicó al joyero la joya que yo acababa de ponerme para ver su efecto.

Massard, incorporándose en su sillón, y cogiéndose a los brazos de éste convulsivamente, fijó sus aun turbios ojos en la cadena, y vi que los abría con terror.

—¡La cadena!... ¡tarde...! ¡he llegado tarde!

Miré al marqués, y le vi lívido de emoción; dominando ésta por un esfuerzo de su voluntad, dijo:

—En efecto, ha llegado usted tarde.

—Hable, señor marqués—, replicó *Massard*—; no hay que perder ni un minuto. ¿Qué ha sucedido?

—Esta mañana—, explicó el marqués— a eso de las doce, estando yo en mi casa, me pasaron recado de que un joven quería verme personalmente. Aunque no acos-

...umbro recibir a nadie a esas horas, ante la insistencia del visitante dí orden de que le hiciesen pasar a mi despacho. Momentos después entraba el joven con un paquete bajo el brazo.

—Señor marqués, dígame las señas personales de ese joven, dijo *Massard* interrumpiendo el relato de Miguel.

—Sus señas personales son características, y por fuerza hube de fijarme en ellas. Era un muchacho como de veinticinco años, alto y de buenas carnes; el pelo rojo, muy corto, y la cara afeitada y cubierta de esas pecas rojizas que corresponden a aquel color del cabello.

—¡El mismo!—exclamó *Massard*.—El que yo sospe-



Hundiendo entre esta y su propio cuello los dedos...

chaba—; y cerrando con fuerza los puños, los blandió en ademán de amenaza, dejándolos al fin caer con energía sobre los brazos del sillón.

—¿Quién es el ladrón de que sospecháis?—preguntó Miguel.

—Es mi dependiente, en quien yo había puesto una confianza absoluta. Esta mañana me envió recado de que estaba enfermo y no podía acudir a la joyería. Como es mi único dependiente, sin duda creyó que yo no podría abandonar la joyería, y no teniendo en mi poder todavía la alhaja, que devolví ayer al lapidario para que corrigiese una ligera imperfección, supuso con bastante lógica que no me enteraría del robo hasta que ya no fuese tiempo para impedirlo.

—Y ¿cómo se ha enterado usted, a pesar de su hábil combinación?

—Porque hace poco, el lapidario me llamó al teléfono, y me comunicó que mi dependiente había recogido la joya. ¡Bien urdida estaba la trama! y ¿qué os dijo el joven, señor marqués? ¿Qué hizo ese infame?

—Dijo e hizo una cosa muy sencilla. Me dijo que iba por orden de usted a entregarme la alhaja encargada. Desenvolvió tranquilamente el paquete, y abrió el estuche de piel roja. La alhaja apareció, deslumbradora; el joven la hizo brillar a la luz del Sol, detallando con gran calma todas las perfecciones de su construcción, y me preguntó si era de mi gusto, a lo que contesté afirmativamente.

—Y ¿no le presentó la factura?

—Después de cerrar otra vez el estuche y de envolverle cuidadosamente, atándole con la misma cinta de seda, me indicó que traía la factura, por si quería pagarla en aquel momento; además, sacó de su bolsillo una carta de usted...

—¡Mia!—rugió *Massard*.

—Suya, indudablemente; de su puño y letra; yo conozco su escritura, porque conservo algunas de las cartas que me escribió con motivo del asunto del collar, para pedirme el aplazamiento de su entrega.

—¿Las conserva usted?—, preguntó ansiosamente *Massard*—y ¿la escritura es igual?

—A mí me lo pareció.

—Pero ¡es una red espantosa!—exclamó el pobre joyero. Y... ¿pagó usted, señor marqués?

—Llené un cheque por 200.000 pesetas, valor de la alhaja, y se lo entregué, a cambio de la factura.

—¿Tiene usted la factura? Déjeme verla, por favor.

—Aquí está—, dijo el marqués, sacando su cartera y de ésta la factura, que entregó al joyero.

Massard desplegó el papel con dedos temblorosos, y fijó una mirada de espanto en él.

—¡Es mi firma..., mi letra!—y presa de un súbito aplanamiento, dejó escapar el papel de entre sus dedos, hundiéndose casi exánime en el sillón.

Calló *don Pedro Sol*, y hubo una larga pausa. *Sait* tiró la colilla de su cigarro, sacó otro habano, y lo encendió científicamente, sin aspirar el humo del fósforo. Al fin, dijo:

—Amigo *Sol*, es usted un narrador de primer orden; su narración ha sido tan interesante, tan artística, tan bien graduados sus efectos, tan nutrida de detalles sugestivos, que le felicito con la mayor cordialidad.

—De modo que he sido claro..., conciso..., metódico...,—dijo el buen policía hispiéndose de nuevo, como un pavo cuando le rodea un grupo de admiradores.—Modestia aparte, poseo el don de la elocuencia.

—¡En grado sumo, mi querido *Sol*!—, dijo *Sait*.—Ha narrado usted todos esos sucesos con tan novelesco interés, que casi..., casi..., me parece mentira que hayan ocurrido realmente como usted dice.

—¡Señor *Sait*!—exclamó *Sol* entre satisfecho e indignado.—Ahora, sólo falta la coda de esa sinfonía policiaca.

—¿La coda?

—Sí; el broche, la deducción final. ¿Qué relación tiene todo eso de la joya robada con el crimen de la joyería?



y abrió la puerta con sigilo...

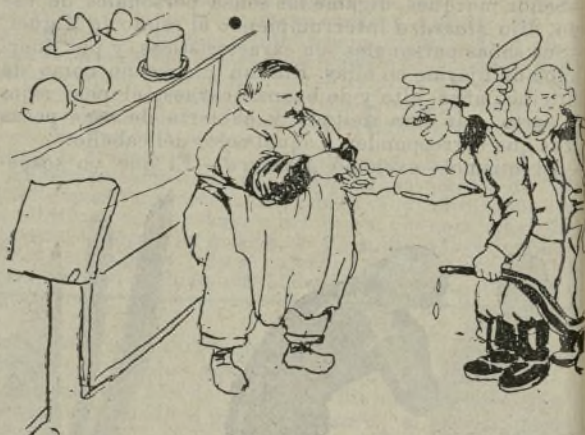
¿Quién es el dependiente ladrón, si es él el ladrón? ¿Quién y por qué ha asesinado a ese hombre que yace ahí, a dos pasos de nosotros, tendido en el suelo, con un balazo en la cabeza, sobre un charco de su propia san-

(Continuad.)

EL SOMBRERERO INGENIOSO



Agapito el sombrerero ya no ganaba dinero.



A un manguero de la villa le entrega la propinilla.



A un pollo zaragatero le remojan el sombrero.



Se pone como una fiera al contemplar la chistera.



Entra en la sombrerería a reparar la avería.



Y ya el sombrero flamante el pollo sigue adelante.

—¿A cuál *Tony Foster* te refieres?, preguntó el posadero.

—Al que llamaban *Tony*, el de la *Hoguera*, porque encendió la pira en que quemaron a *Latimer* y *Ridley* cuando el viento apagó la antorcha de *Jack Thongs* y nadie quiso darle fuego, ni aun por dinero.

—*Tony Foster* vive y prospera, dijo el hostelero, pero no debes llamarle por el mote, si no quieres buscarte una puñalada.

—¿Cómo ¿ahora se avergüenza de él?—dijo *Lambourne*.—Antes se vanagloriaba de su acción, y decía que tanto le complacía ver asado un hereje como un buey.

—Pero eso era en tiempos de la reina María,—replicó el hostelero—, cuando el padre de *Tony* era aquí administrador del Abad de Abingdon. Pero luego, *Tony* se casó con una puritana, y es tan buen protestante como el mejor.

—Y se presenta con gravedad, con la cabeza alta, y desprecia a sus antiguos compañeros, dijo el mercero.

—Entonces es seguro que ha prosperado,—repuso *Lambourne*—porque en cuanto un hombre tiene dinero, se aparta de los que tienen deudas.

—¡Sí que ha prosperado! ¿Te acuerdas de la finca de *Cumnor*, el palacio viejo junto al cementerio?

—Y también me acuerdo de que robé el huerto tres veces. Era la antigua residencia del Abad, cuando la plaga entraba en Abingdon.

—Precisamente,—dijo el hostelero—; pero de eso hace mucho tiempo; pues *Tony Foster* tiene cierto dominio sobre él, por cesión de un cortesano, que a su vez recibió de la Corona la propiedad de las tierras de la Iglesia; y allí vive, evitando todo roce con la gente pobre de *Cumnor*, como si él fuera armado caballero.

—No es eso,—dijo el mercero—; no es orgullo lo que tiene *Tony*; es que hay de por medio una hermosa dama, y *Tony* no consiente que la vea ni la luz del día.

—¿Cómo!—exclamó *Tressilian*, mezclándose por primera vez en la conversación—; ¿no dijisteis que ese *Foster* estaba casado con una puritana?

—Así es, y se llevaban como el perro y el gato, según cuentan; pero murió, y *Tony* quedó solo con una chiquilla, y se supone que piensa casarse con esa forastera de quien tanto se ocupa la gente.

—¿Por qué razón?... quiero decir que ¿por qué hablan tanto de ella?

cual fuere su color, lo llevaba sujeto con una red de seda verde, trenzada con oro.

—Una memoria completamente de mercero—, dijo *Lambourne*—; el caballero le pregunta por la belleza de la dama, y él responde describiendo su rico traje.

—Te aseguro—, repuso el mercero algo desconcertado—, que tuve poco tiempo para mirarla, pues cuando iba a darla los buenos días poniendo un gesto sonriente...

—Como un bobalicón riéndose de un chiste viejo, dijo *Miguel Lambourne*.

—... Apareció de repente—, continuó *Goldthred* sin hacer



y los hizo entrar por un pasadizo...

caso de la interrupción—, el propio *Tony Foster*, con un garrote en la mano...

—Y te abrió la cabeza por impertinente—, dijo el anfitrión.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo—, respondió indig-

nado *Goldthred*.--No hubo cabezas rotas, aunque es verdad que se aproximó con su garrote y amenazó pegarme con él, preguntándome por qué no había seguido la carretera, y otras cosas por el estilo. Yo le hubiera castigado a no estar presente la dama, que pudiera haberse desmayado.

--¡Vaya un alma de esclavo!--, dijo *Lambourne*--; ¿qué caballero aventurero pensó en el terror de las damas, cuando llegaba el caso de atacar en su presencia y para libertarla, a un gigante, un dragón o un encantador? Pero ¿a qué hablar de dragones a quien retrocedería ante una mosca? Has perdido una singular ocasión.

--Aprovéchala, pues, tú mismo, bravucón--, respondió; allí está el palacio encantado, y el dragón, y la dama, todo a tu servicio, si te atreves a acometer la aventura.

--La acometería por un vaso de vino--, dijo el soldado--; o de otro modo; estoy atrozmente falto de ropa blanca; ¿quieres apostar una pieza de Holanda contra cinco *ángeles* (1), a que voy mañana al palacio y obligo a *Tony Foster* a presentarme a su bella huéspeda?

--Acepto la apuesta--, dijo el mercero--; y creo que aunque tuvieses la osadía del demonio, la ganaría. El hostelero será depositario del importe de la apuesta, y yo le dejaré oro hasta que traiga la tela.

--Yo no quiero ser depositario en una apuesta de esta especie--, dijo *Gosling*--; sobrino mío, bebe tu vino tranquilamente, y déjate de tales aventuras, pues te aseguro que el señor *Foster* tiene bastante influencia para hacerte encerrar con el mayor respeto en el castillo de Oxford, o para que tus piernas traben conocimiento con los cepos de la ciudad.

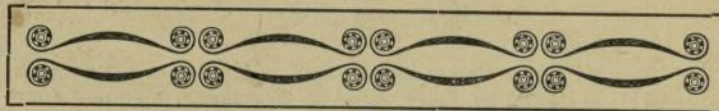
--Eso sería reanudar una antigua amistad, porque las canillas de Miguel y el tablado de la ciudad ya se habían tratado mucho antes--, dijo el mercero.

--Pagaría con gusto la mitad de vuestra apuesta--, dijo *Tressilian*--; si me permitieseis acompañaros en la aventura.

--Y ¿qué provecho sacareis? preguntó *Lambourne*.

--Ninguna, señor--, dijo *Lambourne*--más que ser testigo de la habilidad y el valor con que os conduzcais. Soy un viajero que busca extrañas quimeras e incidentes extraordinarios,

(1) Moneda inglesa de la época, que valía unos diez chelines, y llevaba acuñado un ángel.



CAPITULO II

¿Hablais del joven señor Lancelot?
(El mercader de Venecia).

A ruegos del hostelero, *Goldthred* entonó la siguiente canción:

De las aves que anidan en matorral o en árbol,
alabemos al buho,
porque sirva de ejemplo
a los fieles del vaso,
pues cuando el Sol declina, hundiéndose en Poniente,
escoge con cuidado un árbol predilecto,
riéndose sus bromas al lanzar los graznidos;
por esto, aunque la noche se encuentre ya mediada,
¡bebamos, compañeros, a la salud del buho!

La delicada alondra es pájaro vulgar,
que dormita en su nido hasta que llega el alba;
bendigo al lindo buho,
porque toda la noche se la pasa cantando.

Vaciad la copa hasta que se os trabe la lengua.
Coread mi canción con chillidos y danzas.

Bebed, guñad los ojos, alegres compañeros;
y aunque el tiempo sea malo, y las horas avancen,
¡bebamos, compañeros, a la salud del buho!

--La canción es agradable, dijo Miguel; pero ¡cuántos compañeros de antaño han muerto! Después de tantas malas noticias, creo inútil preguntar si *Tony Foster* ha escapado al hado fatal.

— NUESTROS CONCURSOS —

I

1.^a **Concurso de Dibujos Cómicos** con sus pies correspondientes, ambas cosas originales e inéditas bajo la responsabilidad del autor. El asunto es libre, quedando esceptuados los ataques a la moral, los asuntos religiosos o políticos, y los referentes a la guerra.

2.^a Los dibujos se enviarán por grupos de cuatro o seis, de igual tamaño, y de modo que puedan formar una plana de 16 por 19 centímetros, o reducirse a este tamaño. Estarán dibujados a pluma, con tinta china sobre buen papel blanco.

3.^a Cada envío vendrá dirigido al Director de **Día y Noche**, Apartado núm. 879, Madrid, y acompañado del nombre y dirección del autor, escritas y firmadas de su puño y letra.

4.^a Por cada serie de cuatro o seis dibujos aceptados, y publicados en la Revista, se abonará 20 pesetas; y al terminar el concurso, un jurado que se nombrará al efecto y del cual formarán parte el dibujante Sr. Vázquez Calleja y el director del periódico, adjudicarán a los dibujos que se considere mejores que los publicados un primer premio de 100 pesetas, un segundo de 50 pesetas y dos terceros de 25 pesetas cada uno. Los premios se otorgarán siempre a una serie completa.

5.^a La fecha en que habrá de cerrarse el concurso, se anunciará oportunamente.

6.^a No se sostendrá correspondencia con los concursantes.

7.^a El hecho de tomar parte en el concurso deja establecida la absoluta conformidad de los concursantes con el resultado y decisiones de la dirección del periódico. Se advierte que toda recomendación será causa de que los dibujos del recomendado sean excluidos del concurso.

8.^a Los dibujos aceptados y publicados, serán

pagados inmediatamente, a la presentación del recibo, y previa confrontación de firmas.

9.^a No se devolverá ningún original publicado, y estos quedarán de la absoluta propiedad de la editorial **Hispánica**.

II

1.^a **Concurso de fotografías** de asuntos de la calle, comprendiéndose en esta denominación todas aquellas escenas callejeras que por su interés o gracia merezcan ser publicadas. Las fotografías podrán ser tomadas en cualquier población española, y habrán de ser actuales y originales e inéditas, bajo la responsabilidad del autor.

2.^a Deberá enviárenos dos pruebas positivas en papel de cada fotografía, y al dorso escrito el asunto fotografiado y los demás datos de lugar: tiempo, etc. Las pruebas tendrán un tamaño mínimo de 9 por 12 centímetros.

3.^a Por cada fotografía aceptada y publicada, se abonará en cuanto se publique, la cantidad de cinco pesetas. Cada concursante podrá enviar un número ilimitado de fotografías.

4.^a Al terminar el concurso, se adjudicará por un jurado compuesto por el director y redactores del periódico **Día y Noche**, los premios siguientes a las fotografías que se considere más notables entre las publicadas, por su intención, su gracia o su interés, teniéndose además muy en cuenta la perfección de la prueba: dos primeros premios de 50 pesetas cada uno y ocho segundos premios de 25 pesetas cada uno.

5.^a Serán aplicables al concurso de fotografías las cláusulas 3.^a, 5.^a, 6.^a, 7.^a y 9.^a del **Concurso de dibujos cómicos**.

Los dibujos y fotografías que no entren en concurso, quedarán en esta administración a disposición de sus autores, siendo requisito indispensable la presentación del recibo.

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolveremos los originales que nos envíen, ni sostendremos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la repuesta.

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios y artísticos publicados en este ejemplar.

“Día y Noche” no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna especie del Gobierno, y espera vivir del favor del público



—¡Mira que haberse muerto el pobre Campanilla!...
—¿Campanilla?
—Sí, hombre ¿no te acuerdas de él?
—Me suena ese apellido.

IMPRENTA HISPANICA

CARDENAL CISNEROS, 47, MADRID

TELÉFONO J. 923

Se hacen obras, revistas, catálogos, folletos, tarjetas e impresos de todas clases